



## A Gilou y el derroterode las marchas desandadas

**Blas de Santos<sup>2</sup>**

Entre la diversidad de efectos que suscita el saber de la muerte de un ser querido hay una que demora el impacto de lo que por sabido, no deja de conmover y recién cae en la cuenta de lo definitivo cuando se encuentra hablando del ausente con los “otros” en una interlocución donde falta la mencionada en ausencia. Es que nada tiene más de irrevocable que constatar esa distancia definitiva que es ese diálogo en presencia, cuando interrumpido para siempre.

Es la que evoca la ausencia para una generación como la que pertenezco, atravesada por ese meridiano histórico que da sentido a una existencia que, como Gilou, supo reciclar su identidad profesional al margen del proyecto social e institucional de origen, desplazando el eje de sus compromisos en función de los Derechos Humanos en función política, asumiendo el compromiso que tal vocación implicaba. Algo que se remite a las relaciones con la realidad de la época y por eso con los demás implicados en una dinámica que desborda las iniciativas individuales en el requisito de entrar en sintonía con un registro, el de lo social, distinto del grado de elaboración y decisión de una disciplina liberal que se “autorizaba” a sí misma o, a lo sumo con sus pares.

Mi relación con Gilou jamás estuvo ajena a una búsqueda de coherencia entre la teoría y el ejercicio del psicoanálisis con la crítica de la realidad en la que operaba, siempre en el límite que le asignara su fundador y que tantos de sus seguidores conservaron. Un escenario que nos encontraba compartiendo la insuficiencia de dar cuenta de las grandes ilusiones que nos animaban frente a las recurrentes pesadillas del terror que las atravesaron en el pasado y la iniquidad de sus presentes administradores de impedir su realización. La obligada disociación entre esos términos que la brecha entre lo privado y lo público acompaña y que abisma la búsqueda de la verdad con sus racionalizaciones, letal a la hora de atender a lo real que se suponía la reglaba.

Marx y Freud, junto a las dimensiones épicas de las gestas políticas, locales y mundiales, fueron los referentes de posturas y controversias que traducían el desencuentro de los Ideales en su dimensión política explícita y en los fueros metapsicológicos que los psi no podían resignar so pena del salto por una destitución subjetiva sin locación anticipada: proletarios, soldados, dirigentes sin masas para representar, etc.

En algún lado Marx afirmaba que la “vergüenza” era el primer sentimiento revolucionario.

Por Freud sabemos que es la coartada de deseos guardados en reserva.

De poder retomar aquellos diálogos sostenidos, siempre al borde del derrape en la diferencia que pudiera amenazar la comunidad amistosa y principista que los propiciaba y que a menudo zanjaba Gilou con un “el problema es que somos demasiado parecidos”, referido al apasionamiento y la vehemencia, que este final del juego entraña y extraña.

Si la menor idealización, el pasado evocable es el que perdura en los cortes y fracturas –los desencantos y las derrotas— de los anhelos ahogados que por la hoja de ruta de las realiza-

---

<sup>2</sup> Médico graduado en la UBA, especializado en psiquiatría y formado en Psicoanálisis freudiano y lacaniano. Docente del Departamento de Salud Mental de la F. Ciencias Médicas de la UBA. Sec. Gral. de la Federación Argentina de Psiquiatras de B. A. y cofundador de su Centro de Docencia e Investigación para el conjunto interdisciplinario de los agentes del rubro, cofundador del CeDinCi (Centro de Documentación e Investigación de las Culturas de Izquierda)

ciones hechas en tiempo y forma, quisiera preguntarnos, cuál es el saldo de sujeto, sea de las decisiones, que aun inadvertidas, reclaman responsabilidades como de las revisiones pendientes en torno a las “concepciones del mundo” de entonces, frente las que hoy los anima o los deja indiferentes: ¿cuál es el saldo de esta historia: ¿un empate? ¿un legado a transmitir? ¿una victoria para los aggiornados?

La función del pensamiento como guía de la práctica, política e intelectual, no es privativa de las crisis cuando cede a la urgencia, ni de la “normalidad” en que las cosas pueden postergarse *in eternum*.

Vaya esta despedida de Gilou, que es también la de los escenarios en que fuimos testigos de la materialidad de las ideas, cuando escapan al encierro de la especulación y se remontan de algún modo a la vida que, sin saberlo, supo poner las bases de la excepcionalidad que distingue nuestra especie—de—sujetos.

Podría cuestionarse que mi despedida de nuestra amiga toma forma de volverla parte de lo humano, perdiendo, por eso, su irrepetible singularidad pero arriesgo que así, por el contrario, reconstruyo lo inolvidable de sus proyectos, fracasos y derrotas compartidos. Mi versión de la singularidad, por el contrario, quiere en honrar de esta manera los esfuerzos y logros de Gilou por forjar esa particularidad que se mide en una diferencia: lo propio de acompañar a su medida, la inserción en la larga marcha de quienes nos precedieron y nos proseguirán como humanidad.

Es mi forma de celebrar el haber conocido a Gilou, vayan las frases que “sabemos todos” a las que siempre se recurre cuando la actualidad reclama el recurso a la solidaridad en memoria y celebración de la alteridad que nos hizo sujetos como parte de lo universal: “no preguntes por quién doblan las campanas”, y “si tocan a uno nos tocan a todos”.

La verdadera forma de extrañar empieza con la gratitud por lo recibido de los otros.

Esa es otra historia que hace a la raíz del problema, contar de verdad con los que nos precedieron y nos sucederán. Basta con tenerlos presentes en el lugar que hoy han dejado.

Buenos Aires, agosto 2018